

Capítulo 31 - La puntuación de toda una vida - La leyenda de William Oh

- Capítulo 31 - La puntuación de toda una vida - La leyenda de William Oh

Capítulo 31 - La puntuación de toda una vida - La leyenda de William Oh

Carrie observaba al kobold negro mientras organizaba meticulosamente sus pertenencias, culminando en sacar una pequeña pala y cavar lentamente entre las cenizas, vertiendo cada cucharada a través de una especie de rejilla metálica.

Todo en esa criatura contradecía lo que le habían enseñado sobre los kobolds. Que eran seres bárbaros y sedientos de sangre, dotados de astucia para crear trampas, pero poco más.

Loth era la imagen misma de la deliberación en cada acción y en cada palabra.

“¿Qué estás haciendo?” preguntó ella.

“Buscando insectos,” dijo Loth, alimentando otra porción de cenizas a través de la rejilla.

“¿Por qué?”

“Mi vivario ha quedado inutilizable por el calor extremo, solo sirve como reserva de emergencia. El calor los ha ido cocinando lentamente. Estoy funcionando a menos de la mitad de mi capacidad sin la ayuda de mis insectos.”

“¿Realmente crees que encontrarás insectos en las cenizas?” aclaró Carrie.

“Los insectos son increíblemente adaptables,” dijo Loth, alimentando otra cuchara de cenizas a través de la rejilla. “A pesar de su relativa debilidad, pueden expandirse para llenar cualquier nicho.”

“Pero, ¿será útil algún insecto que saques al azar del suelo?” preguntó Carrie.

“Cada especie viva tiene algún método, alguna herramienta o táctica para defenderse, asegurar su comida y reproducirse, ya sea la proliferación en enjambre de una hormiga, el olor fétido de un chinche o la telaraña de una araña.

“Cada insecto posee alguna utilidad que una mente iluminada puede aprovechar para sus propios fines.” dijo Loth. “Fines que su mente no podría ni imaginar, pero que son bastante simples para seres superiores como tú y yo.”

Con un pequeño estallido de ceniza, se reveló algún tipo de insecto mientras se filtraba el entorno a través de la rejilla.

Loth lo atrapó rápidamente y comenzó a inspeccionarlo mientras se desplazaba por su palma. Parecía un trozo de vidrio volcánico brillante negro.

“Imagina, un ser de poder e inteligencia inimaginables que te arranca de tu mundo y te pone en un camino donde cada acción que tomes, todo lo que te resulta natural, les beneficie a ellos.”

Loth colocó el insecto dentro de un barril lleno de cenizas y hongos cuidadosamente preparados del entorno cercano. Un pequeño mundo creado por Loth. “No muy diferente a los dioses mismos.”

Las cejas de Carrie se levantaron.

“...¿Tienes complejo de dios?”.

Loth se quedó inmóvil, su mano con garras suspendida sobre la cima del barril, brillando con una Habilidad.

“...Posiblemente.”

William Oh

“¡Hup,” gruñó Will mientras saltaba al siguiente tejado, las tejas atrapando sus pies sin demasiados problemas.

Bri saltó después, intentando no gritar mientras cubría el hueco de veinte pies, y Will estabilizaba su aterrizaje.

Travis los siguió, y ambos lo atraparon.

Así cruzaron la ciudad, saltando de tejado en tejado, manteniéndose fuera de las calles donde yacían los cadáveres en todas direcciones.

Lo último que Will quería era estar en esas estrechas calles y callejones, sin poder ver más allá de la próxima esquina en los pasajes laberínticos.

Quizá cuando saliera el sol, si todavía no hubiera peligro, bajarían al bazar y robarían todo lo que pudieran cargar.

Los escaladores tenían una fuerte cultura de ‘El que encuentra, se queda con ello’.

Había millones en oro en reliquias y sacrificios allí abajo, esperando que alguien las tomara.

Pero... las mejores cosas seguramente estarían en la mansión del señor.

Y si el Señor todavía estuviera vivo, refugiado en su castillo, entonces saquear la ciudad sería ilegal de todos modos... o, al menos, enojaría a un Señor. Por lo tanto, la sensatez dictaba que primero

tocaban la puerta antes de comenzar su frenesí de compras.

Me tomó unas dos horas recorrer la ciudad por los tejados, siempre bajando y esperando lo inesperado después de cada salto.

Nada.

Finalmente llegaron a la azotea del edificio más cercano al castillo.

El castillo del Señor había sufrido daños mucho mayores que el resto de la ciudad. Estaba cubierto de marcas de quemaduras evidentes, piedras fundidas y daños por armas.

Entonces, algo sin armas había destruido la ciudad... alguna especie de monstruo. Y Los Escaladores mataron al Señor. La evaluación de Will sobre la situación se volvía cada vez más clara.

Otro Señor había transportado una especie desconocida de monstruo a la ciudad y había asaltado el castillo mientras los monstruos exterminaban todo lo demás.

Bueno, la buena noticia es que no se trata de alguna maldición maligna. Solo maldad común.

Will frunció el ceño, inspeccionando los generadores de escudos destrozados en las paredes del castillo y la puerta principal fundida y cerrada. Tendrían que trepar la muralla y ninguno de ellos podía saltar tan lejos.

“Quédate esto,” dijo Will, entregándole a Bri el otro extremo de su cuerda mientras aprovechaba la oportunidad para intentar algo.

Carga de Gravedad.

10/18 cargas restantes.

“¡Joder!” El aliento de Will fue arrebatado de su cuerpo mientras caía hacia la torre del castillo más allá del muro exterior. La buena noticia es que las botas aceleran la Carga de Gravedad. La mala noticia es que creo que voy a morir.

Pasó donde habría estado el escudo y chocó contra la torre, atravesando la muralla. Las nuevas botas de Will hicieron que el aterrizaje —que normalmente habría partido sus piernas y espina dorsal— pareciera un sueño.

Una vez que su objetivo —la muralla— se dispersó en mil pedazos, la Carga de Gravedad se detuvo, dejando solo el impulso que lo llevó por el suelo de la habitación en la que había chocado, deslizándose hasta que sus pies tocaron la pared interior.

Debe haber sido el baño de alguien en algún tiempo, porque había jabón, espejos y una enorme bañera de bronce que debía pesar una docena de Willes. Will ató la cuerda a la bañera y cojeó hasta el agujero con forma de Will en la pared, haciendo una señal de pulgar hacia Bri y Travis.

Apretaron la cuerda firmemente y comenzaron a escalar, balanceándose hacia la muralla exterior antes de treparla. Mientras subían, Will se volvió para inspeccionar con más atención la habitación en la que se encontraba.

Había sido el baño de una mujer, si juzgaba por el jabón y la bañera, las toallas esponjosas, las maquinillas de afeitarse, etc. Esto haría felices a Bri y Carrie, pensó Will, buscando la puerta.

Estaba en la pared opuesta, ligeramente astillada donde sus pies habían golpeado al aterrizar.

Will apoyó el oído en la puerta, escuchando los signos característicos de que se estaban activando alarmas.

Nada.

Seguro que ya están muertos, entonces. La entrada de Will no había sido silenciosa.

Abrió la puerta y miró en el pasillo.

Trazos de sangre difusa y daño por armas, lo que sugería que la pelea había llegado hasta dentro del castillo.

Will abrió la puerta y se deslizó en el pasillo, mirando a ambos lados antes de dirigirse hacia el extremo muerto, con la intención de despejar cada habitación tras él antes de avanzar más dentro del castillo.

Oficina, suministros de limpieza, oficina, ¿qu-

Se detuvo frente a una ventana en medio de su meticulosa limpieza del pasillo.

A lo lejos, apenas pudo distinguir el borde de algo que se movía. Algo enorme parecía estar girando. Will apenas podía captar el filo metálico debido a la oscuridad, pero con la curva que lograba discernir, tenía que ser al menos tan grande como toda su aldea.

Imposible.

Will observó la hélice giratoria durante unos minutos más antes de sacudir la cabeza y volver a su tarea. Revisó la siguiente habitación y encontró otra oficina.

Una más elegante esta vez.

Había trofeos en las paredes, fragmentos y piezas de monstruos de pisos altos, reliquias que acumulaban polvo desde hacía años. Un escritorio de madera lujosa y una silla con respaldo excesivamente alto.

Seguramente esa debe ser la oficina del Señor.

Will fue hasta la estantería llena de Reliquias y dejó en excelentes condiciones a los Escaladores.

Comenzó a saquear.

Will revisó aproximadamente la mitad de la estantería antes de notar que faltaba una de las Reliquias. Había un parche limpio y conspicuo en la estantería, en forma de barra.

Alguien más ya había conseguido el mejor botín, pensó Will con un chisporroteo en la lengua. Estiró el cuello, escudriñando los alrededores en busca de signos de otras Reliquias saqueadas.

¿Solo esta?

Eso implicaba que no se trataba de un simple robo por dinero. Quien hubiera destrozado ese castillo había querido esa Reliquia en particular, probablemente para completar una Construcción que otorgaba un poder inimaginable.

Parece que convertirse en Señor es básicamente pintar un blanco en la espalda... Aunque aún quiero intentarlo.

Mientras tanto, quizás sea buena idea recoger las demás pertenencias del padre de Travis.

Will tomó una exhibición con seis anillos, luego dos amuletos, una pulsera y un pequeño puñal, vaciando todas las balas de su Mano Fantasma antes de meter el botín de una sola vez en su interior, y luego volvió a dirigirse hacia el pasillo.

Quedan 9 de 18 cargas.

Will se quedó inmóvil, con la mirada fija en un extraño trofeo en una estantería alta cerca de la puerta. Era una cúpula de vidrio con un pie de madera, con algo pálido flotando en su interior.

Era una larva gigante suspendida en un líquido conservante, del tamaño de dos puños juntos.

Larva Avispa de Bala, leía la placa con utilidad.

Will sabía con certeza que a Loth le interesaba esa.

Se puso de puntillas, tirando la base ornamentada de cristal lleno de líquido y examinándola.

La larva estaba enroscada sobre sí misma en su muerte, sin mostrar signos obvios de por qué Loth la quería tanto. La larva era de gran tamaño, y Will no disponía de ese espacio en su Mano Fantasma.

Pero a Loth le interesaba, y ahora Will le debía a él el doble de equipo, así que la sujetó bajo su brazo, aunque sabía que Travis se molestaría por haber robado a sus padres muertos.

Es una lástima que no tuvieran Raros Caminantes. pensó Will, regresando sigilosamente al pasillo, donde Travis miraba desde el baño.

“¡JABÓN!” escuchó la asombrada susurrante de Bri desde atrás.

“¿Qué estabas haciendo allí?” preguntó Travis, mirando la reliquia bajo el brazo de Will, con los ojos entrecerrados. “Eso pertenece a mi padre.”

“Si aún está vivo, se la devolveré,” dijo Will. “Aunque dudo que sea así, porque ya le han saqueado bastante de sus cosas.”

Travis frunció el ceño y pasó junto a Will para mirar en la oficina, escudriñando las estanterías parcialmente vacías.

“Devuélvelo.”

“Tiene un Sacrificio que ayudará a mi Partido en su Construcción”, dijo Will con una media sonrisa. “¿A menos que prefieras un insecto gigante muerto por razones sentimentales?”

Travis lo observó de arriba abajo, con la mirada fija en los bolsillos y bolsas de Will.

“Está bien. Si él está vivo, devuélveme todo.”

“Esto es todo lo que tengo,” mintió Will, levantando al insecto.

“No te creo, pero nunca he estado aquí antes, así que no sé qué había originalmente.”

Yo tampoco, la mayor parte ya no está,” dijo Will con una sonrisa.

Perdona, compañero, tú no estás en mi Partido. Will había aprendido cuáles eran sus prioridades. Si Travis hubiera formado parte de su Grupo, quizá habría actuado de otra manera.

Revisaron las otras puertas y despejaron el pasillo antes de abrir la puerta al salón principal. Este había sido destrozado por la pisada de un escalador de alto nivel.

Brianna sonreía de forma exagerada, con una funda de almohada repleta de utensilios de higiene colgada sobre su hombro.

“Voy a cepillarme los dientes, a lavar la ropa, ¡sí, sí...” Susurraba medio en un canto, medio en voz baja, mientras descendían por las escaleras.

El salón del trono era un escenario de masacre.

Algunos de los escaladores de alto nivel y partes de ellos yacían dispersos por la sala del trono, incluyendo uno vestido con ropas lujosas cerca del centro, rodeado por una esfera de destrucción.

No fue una partida fácil.

Travis se arrodilló, inspeccionando el cadáver.

“No pasé mucho tiempo con mi padre,” reflexionó, levantándose. “De vez en cuando nos ‘visitaba’. Sus hijos éramos alineados para la inspección, y él pasaba desinteresadamente, sin darnos ni una segunda mirada, para luego desaparecer en su habitación.”

Pasaba más tiempo con los mayores, pero no creo que realmente lo conocieran bien,” dijo Travis. “Ni siquiera estoy seguro de que él mismo redactara la carta que me condenaba por mis Sacrificios. Probablemente fue un secretario, uno de mis hermanos mayores, quizás. No sé si mis acciones siquiera llegaron a su oído.”

“¿Y su botín?” preguntó Will.

Travis se volvió con un gruñido.

“Tú—”

“¿Y el botín de todos ellos?” interrumpió Will, señalando a los escaladores que habían sido despojados de sus valiosos objetos.

“Obviamente, los atacantes se llevaron—”

“¿Por qué no limpiaron el piso superior?” reflexionó Will.

No tuvo que pensarlo mucho cuando un destello de luz llamó su atención.

Una lanza surgió de la oscuridad, sostenida por una mano rosa y brillante, del tamaño aproximadamente de la mitad de un hombre.

“¡Deténganse ahí, humanos!” dijo la Jibleya, mientras más de ellas emergían desde los bordes de la sala. La Jibleya tenía una carne translúcida rosa algo hinchada, con una piel brillante y tensa como raisins. Eran seres industrioses cuya piel y carne resistían naturalmente venenos y ácidos, por lo que solían dedicarse a la alquimia.

Desde el otro lado del salón del trono, surgieron unas seis kobolds de debajo de los taburetes acolchados, que, en retrospectiva, estaban demasiado ordenados considerando la cantidad de daños de batalla en la sala.

Maldita sea.

Brianna abrazó su funda de almohada llena de utensilios, protegiéndola contra su pecho mientras ellas se movían en su dirección.

“¿Por qué no esperaste a que los humanos tocaran el cuerpo?” siseó la kobold más cercana a la Jibleya.

“Estaban a punto de descubrir que estábamos aquí,” dijo la Jibleya. “Decidimos movernos mientras aún tenemos el elemento de sorpresa.”

“¡Arruinaste una buena trampa!” escupió la kobold, encorvada sobre su lanza, ansiosa por clavarla en la dirección de Will. Will y Travis dieron un paso atrás, lejos del cuerpo del Señor.

Los kobolds exhiben una amplia variedad de colores: rojo, color óxido, metálicos, marrón, verde... aunque ninguno negro. Se mueven con una extraña inquietud, como si pensamientos apenas formados palpitasen constantemente, siendo interrumpidos por nuevas sensaciones.

Como animales.

“¿Quiénes sois vosotros y qué queréis?” preguntó el líder Jibleya, señalándolos con sus lanzas. Vestía finas reliquias que Will sólo podía suponer provenían de los cadáveres cercanos.

Ladrones, como nosotros.

“Somos ladrones”, respondió Will con un encogimiento de hombros. Pensó que la relación de Travis con el señor de la ciudad sólo complicaría las cosas.

Podría haber fingido ser quienes habían destruido la ciudad, pero parecía arriesgado si no lo compraban. Como compañeros ladrones, al menos comenzábamos en una posición neutral.

“¡Este es nuestro hallazgo!”, exclamó el líder kobold con agresividad.

“Es cierto, llegamos primero”, afirmó el Jibleya. “Por la ley del Torre, lo que se descubre pertenece a quien lo encuentra.”

“Bueno, nosotros descubrimos los pisos superiores primero, así que todo lo que tomamos de allí nos corresponde por ley, entonces”, contestó Will con un encogimiento. “Sé que vosotros aún no habéis subido allí.”

“¡‘Ley’ no es más fuerte que lanzas punzantes! ¿Cómo no os parasteis ante las trampas, Ladrón?”, preguntó el kobold más cercano, que era un poco más bajito que Loth, tocándole la armadura con su lanza para enfatizar.

“Nosotros cruzamos por los tejados”, dijo Will, apartando la lanza de su camino.

“¡Ja, ja, ja, JAJAJA!” Los kobolds que los rodeaban estallaron en carcajadas estruendosas.

“¡Qué suerte tienes! ¡Suerte, humano! Las calles están muy bien trampa. MUY bien, para atrapar a los Enredados.”

“...¿Los qué ahora?” preguntó Will.

“¿No viste los cuerpos al entrar?”, preguntó el líder Jibleya, arqueando una ceja brillante.

“No, los vi. Sólo que no sabía qué los había causado. ¿Son esos Enredados de los que hablas?”, preguntó Will.

“Digamos que, normalmente, los Jibleya y los kobolds no se llevan bien...”, explicó el líder Jibleya. “Pero somos muchos menos que hace una semana, así que ya no podemos permitirnos el lujo de pelear por el botín.”

“¿Es ésta toda la gente?”, preguntó Will, observando a las dos docenas de individuos.

“Era mucho más”.

“No vi nada que pudiera llamar Enredado al entrar”, dijo Will.

“Ellos duermen por la noche”, señaló el líder Jibleya, indicando hacia el centro de la ciudad. “Les gusta dormir cerca del depósito de agua. Es más fresco allí. Durante el día, se dispersan y llenan la ciudad. Cada día parecen haber más de ellos y menos de nosotros... sin importar cuántos matemos.”

“¿Podrías simplemente irte?”, propuso Will con un encogimiento.

“¿Y abandonar el botín de toda una vida?”, exigió el líder Jibleya.

“Somos dioses entre los nuestros, incluso... compartimos con los hombres de las bayas”, dijo el líder kobold, gruñendo la palabra ‘compartir’ con un nivel de disgusto reservado para quienes desprecian las trampas.

“Me parece que necesitas ayuda adicional”, comentó Will.

Los kobolds y el Jibleya se miraron entre sí y luego le volvieron a dirigir la mirada, parecen meditar las palabras de Will.

“...Quizá incluso algún liderazgo.”